

EL DIOS
DE LA
GUERRA

Relato corto

AG. Escudero

EL DIOS DE LA GUERRA

Relato corto de
AG Escudero

Relato registrado

Licencia Creative Commons

Esta obra de AG Escudero está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional

www.agescudero.com

facebook.com/agescudero.escritor

twitter.com/A_G_Escudero

Odio y Conflicto.

¿Qué soy?

Es la pregunta más simple que se puede plantear. No soy persona, mis manos no son de carne ni me defino por mis huesos, aunque entiendo de sangre. No tengo ninguna necesidad de preguntarme qué soy, porque en mi caso la respuesta es muy sencilla. Soy hijo del Odio y del Conflicto, y mi nombre es Guerra.

Soy tan viejo como vosotros, tan antiguo como la primera quijada que rompió el cráneo de un hermano, tan vetusto como la primera disputa que no se resolvió con palabras, tan anciano como la primera envidia que emponzoñó un corazón transparente. Soy tan primitivo como vuestras mentes belicosas.

Vivo en vuestro mundo, en cada uno de vosotros. Habito en cada espada, que con su doble filo hiere y defiende por igual. Viajo en cada flecha disparada, directa hacia el corazón. Me excito al prender la pólvora con una explosión de lujuria. Mi corazón es frío y duro como una bala de plomo que atraviesa a hombres, mujeres y niños por igual.

Soy el más cruel de los cuatro jinetes, pues mientras mi hermana utiliza su justa guadaña para hacer su trabajo, mi herramienta es la mano de vuestros hermanos empleada contra vosotros mismos envenenada por la ira. Soy el marginado de los dioses, aquel que cuando es invocado ve su nombre mancillado, insultado y prostituido.

Pero hoy todas mis calamidades no me importunan. Hoy me mezclo con vosotros y veo el mundo con vuestros ojos. Hoy uno de vuestros semejantes ha honrado mi nombre.

Camino sin pena por caminos de tierra, el mismo escenario que me sirvió de cuna. A mi espalda quedan fuego y cadáveres, así ha sido siempre y no me siento culpable por ello. Yo no soy el responsable, sino vosotros.

Conozco a los líderes de naciones poderosas. En sus ojos veo intenciones, cálculos, orgullo y decisión. Creen estar haciendo lo mejor, todos ellos. Me utilizan para hacer el bien, pero no fui concebido para tal fin. Quieren que esté de su lado, que mi nombre justifique sus acciones. Necios.

Sin embargo hoy alguien ha honrado mi nombre.

Los hombres luchan alrededor mientras busco a mi elegido. No oigo los insultos, ni sus juramentos, tampoco sus amenazas. El sonido que me atormenta es mucho más ensordecedor: es el llanto de un niño que ya no se escucha.

La mujer está aterrada, escondida entre los escombros. Sujeta a su bebe entre sus brazos, quiere protegerle abrazándole fuerte contra su pecho y reza para que nadie los encuentre. Mi hermana está a su lado, pero su guadaña no le señala a ella, sino al pequeño. Los brazos de su madre lo protegen, lo aprietan y lo sujetan con tanta fuerza que lo asfixian. Ella no se ha dado cuenta de que el pequeño hace rato que dejó de respirar. Muerte ya acuna al pequeño entre sus brazos, pero su madre aún no lo sabe. No es a ella a quien he venido a buscar.

Huelo la desesperación a kilómetros, un aroma muy común en estos escenarios. Un hombre está arrodillado, corroído por la pena y la culpa. Le acompañan una mujer y una niña. La pequeña llora desconsoladamente mirando un montón de despojos que yacen cerca de ellos. La mujer mira hacia el infinito con tanta profundidad que por un instante pienso que puede verme. La niña tiene algo entre las manos, una correa. Los despojos que encuentro son de un perro. Miro los rostros de la familia y adivino la desesperación y la culpabilidad en ellos. Tienen las manos y la co-

misura de los labios manchados de sangre. Me doy cuenta de que mi hermano les acompaña. Hambre me devuelve la mirada, ha hecho su trabajo y yo todavía debo hacer el mío. No son ellos.

De las ventanas de un viejo almacén abandonado surge una espesa nube de humo. Una hoguera improvisada se alimenta mientras ilumina las paredes del depósito con brillos rojos danzarines. Dos espectadores contemplan la escena sujetos de la mano. Son dos críos: el mayor agarra con fuerza la mano de su hermana mientras deja que el calor de las llamas seque las lágrimas de sus mejillas. La pequeña contempla la pira funeraria de sus padres sin comprender por qué su hermano los ha puesto allí. También ellos están acompañados por otra de mis hermanas. Entre las llamas, junto a los dos cuerpos que se consumen sin piedad, Peste reclama lo que es suyo. Sigo buscando.

Los caminos de la sangre y el odio guían mis pasos a través de vosotros. Allá a donde voy encuentro hombres y mujeres que gritan y luchan, se traicionan y mueren. Todos ellos dicen actuar en mi nombre pero ninguno de ellos lo honra, nadie excepto uno.

Mi elegido está cerca, podría sentirlo en los huesos, si los tuviera. Percibo el fuego de su corazón, sus ganas de luchar. Me llegan su coraje y su determinación, pero no encuentro en él ni un ápice de odio. Sé que voy camino de encontrarme con un gran guerrero.

Hombres armados ríen con crueldad, sedientos del calor de una mujer. Entre ellos y su presa sólo les separa una figura solitaria que se mantiene firme en su sitio. Es un hombre que defiende a la mujer que habita en su corazón. Tiene miedo porque sabe que va a morir, pero el miedo no le hace retroceder, al contrario, le da fuerzas. El miedo se ha convertido en valentía.

Se enfrenta a sus verdugos con las manos desnudas mientras cuchillos y hojas afiladas atraviesan su cuerpo y riegan el suelo con lágrimas escarlata. Pero él tampoco está solo. Desde el momento en el que decidió luchar sin odio, envidia o venganza en su corazón, sino por amor; en el primer instante en que no utilizó su fuerza para matar, sino para proteger, mi espada se puso de su lado. La mujer contemplará

el cadáver de su hombre hundida en la amargura mientras se pregunta cómo fue posible que él solo la defendiese de varios hombres armados. Pero no estaba solo, yo estaba con él, y Guerra también reclama lo que es suyo.

Y ese es mi legado: familias destruidas, corazones separados, vidas que se apagan y mundos que se olvidan. Pero no os llevéis a engaño, no os cuento estas palabras para que sintáis compasión por mí, sino para que la sintáis por vosotros mismos.

EL DIOS DE LA GUERRA

Relato corto de
AG Escudero

Relato registrado

Licencia Creative Commons

Esta obra de AG Escudero está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional

www.agescudero.com
facebook.com/agescudero.escriptor
twitter.com/A_G_Escudero